

HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON
LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

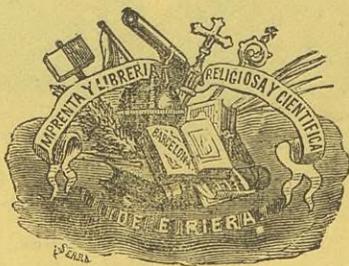
Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA.

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1877.

Cuaderno 58.

HISTORIA

DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIERON POR LA FIEBRE CATÓLICA

EN EL REINO DE ESPAÑA

CONTIENE UN EXAMEN HISTÓRICO DE LAS CAUSAS DE LAS PERSECUCIONES DE LOS CATÓLICOS EN ESPAÑA, Y UN EXAMEN DE LAS PERSECUCIONES DE LOS PROTESTANTES EN EL MISMO REINO, Y UN EXAMEN DE LAS PERSECUCIONES DE LOS CATÓLICOS EN EL REINO DE FRANCIA, Y UN EXAMEN DE LAS PERSECUCIONES DE LOS CATÓLICOS EN EL REINO DE ITALIA, Y UN EXAMEN DE LAS PERSECUCIONES DE LOS CATÓLICOS EN EL REINO DE PORTUGAL, Y UN EXAMEN DE LAS PERSECUCIONES DE LOS CATÓLICOS EN EL REINO DE SUECIA, Y UN EXAMEN DE LAS PERSECUCIONES DE LOS CATÓLICOS EN EL REINO DE DINAMARCA, Y UN EXAMEN DE LAS PERSECUCIONES DE LOS CATÓLICOS EN EL REINO DE NORUEGA, Y UN EXAMEN DE LAS PERSECUCIONES DE LOS CATÓLICOS EN EL REINO DE SUECIA, Y UN EXAMEN DE LAS PERSECUCIONES DE LOS CATÓLICOS EN EL REINO DE DINAMARCA, Y UN EXAMEN DE LAS PERSECUCIONES DE LOS CATÓLICOS EN EL REINO DE NORUEGA.

DE LA OBRA DEL AUTOR

DE DON PEDRO MARIÁ VILLANVA Y DE JOSÉ MARIÁ GÓMEZ

EN MADRID EN LA IMPRENTA DE DON JUAN JOSÉ GARCÍA DE MADRUGA, CALLE DE SAN JUAN DE LOS RÍOS, NUMERO 10, EN EL AÑO DE 1827.

EL LIBRERO

CON MAGNÍFICAS LAMINAS DEDICADAS EN EL TEXTO

BREVIA CURSUS DIOCESANA

TOMO SEPTIMO



BARCELONA

IMPRESA Y LIBRERIA DE DON JUAN JOSÉ GARCÍA DE MADRUGA

DEL CORREDO DE SAN JUAN DE LOS RÍOS

EN EL AÑO DE 1827

1827

Guadalupe 28

de la raza bárbara, á la que él pertenecía, y cuyos instintos de fiereza no se habían extinguido por completo ni con el roce continuo de los habitantes de la península.

Después de llevar á cabo empresas heroicas, manchó con negro borrón el último período de su vida.

Leovigildo, que era fuerte en presencia de los más ilustres guerreros, era débil ante una mujer.



PENITENCIA DE ENRIQUE II.

Durante su primer matrimonio con Teodosia, princesa católica, hermana de los santos Leandro, Isidoro y Fulgencio, de cuyo matrimonio tuvo á Hermenegildo y Recaredo, Leovigildo no pensó más que en sacudir el vergonzoso polvo que cubría las armas de los godos de España, en acabar con las divisiones que condenaban á sus ejércitos á la impotencia, y batirse con el gran poder de los griegos, á quienes derrotó, arrojándolos de Granada, de Córdoba y de Medinasidonia.

Casó en segundas nupcias con una furibunda ariana llamada Gosvinda. Era mujer que no se reducía á profesar ella el arianismo; estaba empeñada en que lo profesasen tambien todos aquellos en quienes pudiese ejercer alguna accion; y esto se proponía obtenerlo, no por la persuasion, sino apelando á todos los medios de violencia.

Hermenegildo, el hijo mayor de su esposo, á quien éste confió el reino de Sevilla, estaba casado con una princesa católica llamada Ingunda, hija de Sigisberto, rey de Austrasia.

Gosvinda se empeñó en que Ingunda había de ser ariana. Autoridad, desdenes, amenazas, todo llegó á agotarlo; la infeliz Ingunda, por mostrarse fiel á su fe, llegó á verse asida de los cabellos por manos de la feroz madrastra de su esposo y arrastrada por los salones del palacio. Ingunda no respondía á estos sufrimientos sino con la resignacion más admirable. Ni una sola vez insinuó una queja á su marido; nunca manifestó con Gosvinda el menor resentimiento.

Hermenegildo, que era ariano como su padre, comparó la conducta de su madrastra con la de su esposa; y abandonando la secta que inducía á tanta barbarie, abrazó la fe que inspiraba tanta paciencia y tan eminentes virtudes.

Su tío san Leandro, arzobispo de Sevilla, catequizó al nuevo rey, y Hermenegildo abjuró solemnemente los errores arianos.

Ya se comprenderá de qué manera había de influir Gosvinda en el ánimo de su esposo, á quien dominaba por completo. El que era padre, á causa de la perfidia de aquella mujer, se vió convertido en tirano.

Encamínase á Sevilla Leovigildo con un numeroso ejército para vengarse de la abjuracion de su hijo; le cerca en su propia corte, se apodera de la plaza y del Príncipe, y le hace meter en lóbrego calabozo.

Cuando el Príncipe, que del esplendor del palacio ha tenido que pasar á las rudas privaciones de la cárcel, puede ya saber por experiencia lo que le cuesta su profesion de católico, entónces su padre le manda á uno de sus cortesanos de más confianza, ofreciéndole libertad y corona si desiste de pertenecer á la Iglesia. Hermenegildo contesta que siente que sea su padre el que le haga una proposicion tal, porque el que desea ser buen hijo y no faltar en nada á la autoridad paterna, tiene sin embargo que contestar que por nada del mundo puede sacrificar la honra de su conciencia de católico.

Conservaba Leovigildo algo de su antigua nobleza. No pudo desconocer que en tal contestacion había mucha dignidad de alma, y hasta llegó á sentir satisfecho su orgullo de padre. Pero Leovigildo, que tenía rasgos de grande hombre, al lado de Gosvinda era un hombre bien pequeño. Cedió á las maléficas inspiraciones de esta mujer; y si al principio se contentó con mandar á Hermenegildo á su hermano Recaredo para que le persuadiese á recibir la comunión de manos de un obispo ariano, cuando éste contestó que no condescendería con acto alguno que estuviese en contradiccion con su fe, el cruel padre llamó al verdugo para que terminara la obra, y aquella misma noche Hermenegildo fué decapitado.

No impunemente derrama un padre la sangre de su hijo. Con la ceguera de la cólera, el parricidio puede perder algo de sus horribles proporciones; pero viene la hora de la serenidad, y entónces, si queda todavía algo en el corazon, se comprende toda la enormidad del atentado.

Leovigildo ya no gozó un solo instante de calma. Todas sus riquezas de rey no alcanzaron á procurarle un momento de paz. Aquel hombre que en su juventud gozaba de un gran dominio sobre sí mismo, viósele en adelante arrebatado, casi loco; pasaba de la desesperacion al despecho, y la afliccion del dolor se mezclaba con la tortura del remordimiento.

Buscaba una manera de tranquilizar su conciencia, pero inútilmente. Figurósele que él había de aparecer como ménos criminal si achacaba toda la responsabilidad á los católicos. Acusó á éstos de haber fanatizado á su hijo y de ser causa del crimen horrendo que había de amargar toda su existencia. En su frenesí empieza á desterrar obispos, sin exceptuar siquiera á san Leandro; despoja las iglesias, apodérase de los objetos del culto y de las rentas eclesiásticas, confisca los bienes de muchos ricos católicos y hasta ordena que se quite la vida á multitud de grandes.

Al sepultarse en el lecho en su última enfermedad, en esta hora en que el hombre se encuentra tan cerca de lo infinito, Leovigildo ya no pudo hacerse ilusiones.

Creyó llegado el tiempo de las reparaciones. Manda levantar el destierro á san Leandro, le pide que instruya á su hijo Recaredo en la religion de san Hermenegildo, y muere recomendando á éste que siga en todo los consejos de su tío.

XVIII.

San Columbano y sus perseguidores.

La persecucion que vamos á reseñar tiene un carácter diferente de las que nos han ocupado hasta ahora. Ya no es la herejía ni el paganismo sublevándose contra la fe ortodoxa; es la persecucion del vicio contra la virtud. Nadie había de personificarla mejor que san Columbano, en su carácter de víctima de esta persecucion.

De imaginacion exaltada, de carácter fogoso, como todas las naturalezas ardientes, hubo de luchar desde su primera juventud contra los estímulos de la carne. Para sobreponerse á la seduccion de las pasiones, ensayó Columbano elevarse á las abstracciones de las matemáticas y estudiar con atencion los misterios del mundo sobrenatural en las Santas Escrituras; más todo inútilmente.

Columbano no era hombre para resignarse ó ser vencido en esta lucha consigo mismo. Como buscando aliento se dirige á consultar á una mujer piadosa que vivía aislada de la agitación mundanal.

—Han cumplido doce años, le dice ésta, que salí de mi casa para sentirme más libre y más fuerte en la batalla con el mal. Abrasado en los ardores de la mocedad, para hacerte superior á tu flaqueza, es menester que empieces dejando la tierra nativa. ¿Olvidaste acaso á Adán, á Sanson, á David, á Salomon perdidos en el embeleso de la belleza y en el delirio del amor? Joven, para salvarte es menester huir.

Columbano acepta el consejo.

Su madre trata de detenerle en el umbral de su casa. Columbano se postra de rodillas á sus piés, logra hacerse superior á una resistencia tan sagrada como la de una madre, abandona la provincia de Leinster, de donde era natural, y busca un asilo entre los monjes de Bangor.

Pero Columbano no se siente bien en aquella inaccion. Su temperamento, el instinto de raza y algo de superior á él mismo le incita á atravesar los mares, y el monje de Bangor pasa á ser el predicador de la Galia.

La elocuencia de Columbano llegó á penetrar hasta la corte del rey Gontrando, nieto de Clodoveo, quien invita al irlandés á que se quede allí, ofreciendo proporcionarle todo cuanto cumpla á sus deseos. El irlandés contesta que él no dejó su patria en busca de riquezas, sino de una cruz; á lo que le replica el Rey que no faltan en sus estados sitios agrestes donde hallar la cruz y subir con ella el Calvario de la vida. Accede á este deseo, y escoge para su residencia el antiguo castillo de Annegray (1).

Más tarde, el número creciente de sus discípulos le obligó á trasladarse á otro castillo llamado Luxeuil, que le cedió también Gontrando.

Allí ricos y pobres, nobles y plebeyos dedicábanse al trabajo, á arar, á segar; cortaban leña, desmontaban tierras; las tareas humildes del campo, de esta suerte santificadas, se ennoblecían, y nacían á la vida y á la fecundidad terrenos completamente abandonados.

Pero no era esta la única mision que el famoso monje había de realizar.

Iba creciendo cada día el prestigio de su nombre; la palabra del célebre solitario se consideraba como una potencia á la que tenían que inclinarse las mismas testas coronadas. Columbano creyó que debía utilizar su influjo contra los escandalosos vicios que envilecían los palacios.

(1) Actualmente una aldea de la municipalidad de Faucogney (Saona Superior).

La corte del rey Teodorico, aunque cristiana de nombre, hallábase entregada respecto á la vida doméstica á todas las degradaciones del paganismo.

La vieja Brunequilda había perdido ya su energía moral, no quedando de ella sino una grande ambicion, á la que estaba dispuesta á inmolarlo todo.

Aquella mujer, que siendo jóven manifestó los sentimientos más nobles y más generosos; aquella mujer, que áun en la edad de las pasiones nos ofrece el modelo de una vida immaculada, vemos, no obstante, alentar en sus nietos la poligamia, sólo por el temor de que se sentase al lado de Teodorico una esposa que pudiese ser un contrapeso á su influencia; y si al fin el Monarca, atemperándose á las amonestaciones del obispo de Viena san Didier, casa con una princesa visigoda, su abuela logra disgustarle de aquel matrimonio y que se separe de su consorte ántes de transcurrir un año; y san Didier muere asesinado en las márgenes del Chalonrona.

El rey Teodorico tenía á san Columbano en gran concepto. Fué un día el Monarca á visitarle, y el celoso monje aprovechó la ocasion para reconvenirle y excitarle á que, á los desórdenes de una vida culpable, prefiriese el amor legítimo de una esposa.

Prometió Teodorico la enmienda; pero Brunequilda se encargó de inutilizar este buen propósito.

Visitó un día Columbano á Brunequilda en su castillo de Bourcheresse. Ésta, muy satisfecha de tanta honra, y acostumbrada á que todo se inclinase, no sólo á su voluntad, sino á su capricho de reina, poco conoedora de la inflexibilidad del santo monje, presentóle cuatro hijos que su nieto había tenido de sus concubinas.

—¿Qué quieren de mí estos niños? pregunta Columbano.

—Son hijos del Rey, responde Brunequilda, y desean ser fortalecidos con tu bendicion.

—¡No! exclama secamente Columbano. Luégo añade con su severidad de profeta:—Su procedencia es mala y no reinarán.

Lo que para otros hubiera sido una inútil temeridad, para Columbano constituye un gran deber y lo cumple sin consideraciones.

Desde aquella hora Brunequilda concibe contra Columbano un odio á muerte. Empieza por prohibir que ni él ni sus religiosos salgan para nada de sus monasterios; ordena terminantemente que nadie les acoja ni les proporcione el menor recurso.

En virtud de semejantes disposiciones, Columbano se dirige á ver al Rey.

Al llegar á aquel palacio manchado por deshonrosas pasiones, el santo monje se detiene en el umbral resistiéndose á pasar adelante. El Rey dispone que le presenten sabrosos platos con que saciar el apetito del cenobita. Columbano dice que el que tiene prohibido acercarse á la morada de los demas hombres no puede comer de aquellos platos.

El milagro de romperse los platos á la maldicion de Columbano hace que el Rey y su abuela corran á los piés del Santo, imploren su perdon y le prometan la enmienda.

Teodorico faltó á su palabra. Columbano le escribe dirigiéndole severas amonestaciones y hasta le amenaza con una excomunion.

El Rey, acostumbrado á vivir en una atmósfera de cortesanas lisonjas, en que son aplaudidos como virtudes hasta los vicios más bochornosos, se siente rebosar de indignacion al recibir una carta en que se le amenaza nada ménos que con excomulgarle. Se encamina él mismo en persona á Luxeuil, y no encontrando otro pretexto, dice al abad que rompe las costumbres establecidas en el país, no permitiendo la entrada en el monasterio á los cristianos sin distinción, y le recuerda que á una reina, á Brunequilda, no la ha permitido pasar de los umbrales de la casa religiosa. Teodorico dice que de allí en adelante podrá entrar todo el mundo, porque él lo manda; de lo contrario, privará al monasterio de sus reales dones.

Columbano, sin perder nada de su habitual serenidad, dice á Teodorico:

—Si tratáis, oh Rey, de violar el rigor de nuestras reglas, para nada necesitamos vuestros

dones; y si vuestro propósito es destruir nuestro monasterio, sabed que lo que será destruído es vuestro reino y vuestra raza.

Al principio el Rey se sintió intimidado; pero luégo, reponiéndose, dijo:

—No esperes que te procure la corona del martirio; pero ya que tanto deseas vivir apartado de los hombres, vuélvete á tu tierra.

Columbano responde que si ha de salir del monasterio será á la fuerza.

Columbano es preso y conducido á Besanzon á esperar allí órdenes del Monarca.

Establécese en rededor de Luxeuil una especie de bloqueo á fin de impedir que salga de allí ningun religioso.

El ejemplar abad permaneció en Besanzon, donde se le dejó libre dentro del recinto de la ciudad.

Pensando como pensaba siempre en sus queridos hermanos de Luxeuil, en su tan amada soledad, sube una mañana á la cima del peñasco en que se levantaba la ciudadela, y desde allí fija sus ojos en el camino de Luxeuil. Como dominado de súbita inspiracion, Columbano descende precipitadamente, se dirige al camino que habia estado contemplando, y muy luégo el santo abad llamaba á las puertas de su monasterio.

Al saberlo Teodorico y Brunequilda envían un conde con fuerza militar para prenderle.

Los soldados le encuentran en el coro rezando el oficio con toda la comunidad. Los enviados del Rey le dicen:

—Hombre de Dios, os rogamos que obedezcáis las órdenes del Rey y las nuestras, volviéndoos al país de donde vinisteis.

—No, contesta Columbano; despues de dejar mi patria por el servicio de JESUCRISTO, creo que no quiere mi Criador que vuelva á ella.

El conde se retira y encarga á los más decididos de sus soldados que ejecuten la orden.

Pero parece que en aquel hombre hay algo de sobrenatural; aquella actitud les impone, aquella mirada les fascina; caen á sus piés y le piden llorando que se compadezca de ellos y no les obligue á emplear violencias que les eran mandadas bajo pena de perder la vida.

El animoso irlandés que nunca se doblegara á la fuerza, cede al ruego, y da un adios eterno á aquel santuario en que venía residiendo durante veinte años.

Por el camino tuvo que verse maltratado con frecuencia por los agentes del Rey.

No se le permitió que le acompañaran otros monjes que los irlandeses.

Al llegar á Orleans envió á dos hermanos en busca de alimentos. Pero se había puesto en vigor la prohibicion de proporcionarles cosa alguna. Tratábaseles como á las fieras del desierto; no se les podía abrir puerta alguna para proporcionarles hospedaje; las iglesias mismas, por orden del Rey, estaban cerradas á Columbano y á los suyos.

Fué á la conversion de idólatras en Bregentz. Los falsos dioses caían á la accion de su apostolado. Pero si en un principio Columbano y los suyos tuvieron buen recibimiento, aquellas gentes empezaron á lamentarse del desprestigio en que caían las viejas supersticiones á consecuencia de la predicacion de Columbano. Dos de sus religiosos fueron asesinados. El santo abad dijo:

—En nuestro poder teníamos una copa de oro y se ha llenado de viboras. Salgamos de aquí; el Señor á quien servimos nos guiará á otros lugares.

XIX.

Persecucion en Inglaterra.

Aunque la Inglaterra fué evangelizada ya en los tiempos apostólicos, no obstante, las transformaciones de aquellos pueblos, la confusion de razas dió lugar á que en el siglo VI no se encontrasen allí nada más que antiguas iglesias reducidas á escombros. Despues de ser vencidos por los sajones, no quedó en aquellos pueblos ni un solo cristiano (1).

Por fortuna en el último tercio del siglo VI, sobre las inmensas ruinas hacinadas por los bárbaros, destacábase majestuosa la figura del restaurador de la civilizacion, del genio más colosal de su época, el gran pontífice Gregorio.

Ya el ilustre Gregorio al ver en el Foro romano multitud de esclavos de ambos sexos procedentes de aquellos países, al admirar la belleza de sus rostros, la blancura de su tez, el rubio color de sus largas cabelleras, se interesó por la infortunada nacion cuyos degraiciados hijos así eran convertidos en mercancías, y concibió el proyecto de trabajar en redimir primero la esclavitud civil de tantos infelices, y despues la esclavitud religiosa de toda una nacion que permanecia entregada á las supersticiones idolátricas, como si la accion del Catolicismo no pudiese penetrar al traves de aquellos mares.

Apénas ascendido á la cátedra apostólica, entre las múltiples tareas del supremo pontificado, se acuerda de los ingleses con particular predileccion. Si á los esclavos de Inglaterra conducidos á Roma él los redime, les hospeda honrosamente y hasta se encarga á veces de servirles personalmente, no se olvida por esto de los que llenan los mercados de otros países.

«Os ruego, escribe al presbítero Cándido, que empleéis cuanto dinero hayáis percibido en el rescate de jóvenes ingleses... de este modo la moneda gala que aquí no circula, recibirá en su mismo país conveniente inversion.»

Al llegar al sexto año de su pontificado, resuelve enviar á aquella isla para él tan acari-ciada, celosós misioneros, designando á los religiosos de san Andres del monte Celio.

Al frente de la difícil expedicion se coloca el prior del monasterio, llamado Agustin.

Bossuet ha dicho: «La historia de la Iglesia no tiene nada comparable á la entrada del santo monje Agustin en el reino de Kent.»

Apénas la mision hubo plantado su pié en la isla llamada todavía de Thanet, su jefe Agustin envió una embajada al rey de la comarca, Ethelredo, explicando los motivos de su viaje.

Estaba casado con Berta, hija de Coriberto y nieta de Clodoveo, de donde puede ya inferirse que había de ser católica, y hasta consta que en el casamiento se había estipulado la libertad de su fe.

El rey Ethelredo no autorizó inmediatamente á los monjes romanos para que se presentaran en Cantorbéry, donde tenía fijada su residencia; sino que dispuso que, interin él deliberaba acerca lo que procedía hacer, no saliesen los religiosos de la isla en que habían desembarcado.

Transcurridos algunos días el Rey fué á visitarles personalmente.

Al tener noticia de su llegada, los monjes se encaminan á recibirle en procesion. Era un espectáculo conmovedor ver á aquellos cuarenta religiosos, precedidos de la cruz, destacándose entre todos ellos el monje Agustin, hombre de elevada estatura, de gentil aspecto (2), recitando las letanías usadas en Roma con la majestuosa entonacion que les enseñara Gregorio, el padre de la música religiosa, rogando á Dios por la salvacion de aquellas almas por cuya conversion habían dejado la tranquilidad de su monasterio.

(1) *Burke, Works*, t. VI, p. 261.

(2) *Beati Augustini formam et personam patriciam staturam proceram et arduam adeo ut o scapulis populo superemineret.*—*Gotsel., Vita*, c. 5.

El Rey los recibió sentado al pié de una encina y circuido de sus servidores, y al llegar allí los religiosos les rogó que se sentaran tambien.

Escuchó atentamente el discurso que le dirigieron, al que contestó con una lealtad y franqueza que revela perfectamente lo sincero de aquella noble alma:

«Bello es lo que me decís; tentadoras son vuestras promesas; pero para mí esto es nuevo, y como nuevo ha de dejar lugar á la duda; es imposible que yo de pronto os crea y abandone cuanto de mucho tiempo creo y profeso con toda mi nacion. Sin embargo, ya que de tan lejos habéis venido, señal es que lo que decís ha de ser para vosotros la verdad y el bien supremo. Por nuestra parte no os haremos mal alguno, os concederemos hospitalidad y cuanto necesitéis para la vida y os dejaremos libres para predicar vuestra religion y convertir á cuantos podáis.»

Pero Ethelredo se prendó de la conducta de aquellos hombres, admiró la sublimidad de sus doctrinas, y al ver que las bellas esperanzas que ellos ofrecían eran confirmadas con milagros, pidió á Agustin que le admitiera en el bautismo, conforme se verificó (597). La conducta del Rey fué imitada por multitud de sus súbditos.

La situacion de los monjes cambió completamente con un hecho tan trascendental. Los religiosos andan de un lugar á otro predicando, construyendo iglesias. El monarca, dice el venerable Beda, no por esto impuso á nadie su nueva religion; se limitó tan sólo á dar testimonios de preferencia y manifestar mayor cariño á los que consideraba como hermanos en creencias religiosas. Aprendió, añade el citado historiador, de los mismos que le habían convertido, que la coaccion, que las imposiciones por medio de la fuerza no se concilian bien con el servicio de CRISTO (1).

En la fiesta de Navidad de aquel mismo año se presentaron á pedir el bautismo más de diez mil anglo-sajones.

Hasta aquí la conversion de éstos no anda acompañada de las sangrientas escenas que en los primeros siglos del Cristianismo acostumbraban seguir á toda obra de apostolado. Tambien era menester que allí la semilla echada, fermentando con la persecucion, pudiese dar en siglos posteriores frutos de entereza y de vigor católico.

Al salir de los dominios de Ethelredo, al recorrer la region de los sajones del Oeste, encontráronse con un pueblo de malos instintos que les llenó de ultrajes; que se negó á escuchar sus predicaciones. Allí los religiosos fueron torpemente insultados y escarnecidos, en señal de oprobio empezaron á pegar colas de pescado en sus negros hábitos; y la aversion que por los celosos apóstoles manifestaron, no se limitó á burlas, sino que pasó á vías de hecho.

En el mismo reino de Ethelredo estalló más tarde la persecucion.

La conversion del Rey, conforme puede desprenderse de lo que llevamos dicho, no anduvo seguida de la de todo su pueblo; pues si bien fueron en gran número los que solicitaron el bautismo, no dejó de haber muchos que persistieron en las preocupaciones de la vieja idolatría. Contábase entre éstos el mismo sucesor del trono llamado Eadbaldo, á quien retenía en el paganismo la licenciosidad de unas costumbres poco compatibles con la moral evangélica. Al querer satisfacer sus brutales instintos, era aquel rey hombre que pasaba por encima de todo. Una vez se empeñó en casarse con la esposa que tuvo su padre despues del fallecimiento de Berta. Estaba sujeto á arrebatos de locura, conforme lo dan á conocer varios hechos de su reinado.

La persecucion tomó mayores proporciones despues de la muerte del rey Sebert, sobrino de Ethelredo, el cual dejó en el trono de Essex á tres hijos que, como el de Ethelredo, eran tambien idólatras.

Era famoso por su apostólico celo y santidad el obispo Melito, el que enviado á Roma

(1) ... *Nullum cogeret ad christianismum... sed tantummodo credentes arctiori dilectione, quasi concives sibi regni caelestis, amplexaretur. Didicerat enim à doctoribus auctoriibusque suæ salutis, servitium Christi voluntarium, non coactitium esse debere.* Beda, I, 26.

para conferenciar con el Papa sobre varios asuntos de Inglaterra, asistió al Concilio en que fueron promulgados los cánones confirmatorios de la regla de san Benito.

En cierta ocasión Melito distribuía á los fieles la santa Comunión, cuando los hijos de Seberty, que se permitían asistir á las ceremonias del culto cristiano, dicen al Obispo con insolente arrogancia:

—¿Por qué no nos das de este pan blanco que dabas á nuestro padre y que repartes al pueblo?

—Porque vosotros no consentís, les contesta, en ser lavados con el agua salvadora, como lo fué vuestro padre.

—Para lavarnos, insisten diciendo en su estupidez, no necesitamos del agua que tú tienes; pero queremos comer de este pan.

En vista de la negativa del Obispo, se enfurecen y le dicen:

—Ya que te niegas á complacernos en cosa tan fácil, no queremos que permanezcas en nuestro territorio.

Melito atraviesa el Támesis y va á ponerse de acuerdo con otros obispos en el reinado de Kent. Todos resuelven volverse á su patria, donde podrán servir á Dios con mayor libertad.

Pero uno de ellos, Lorenzo, ve en sueños á san Pedro que se le aparece como JESUS se apareció al Príncipe de los Apóstoles en la vía Apia, le reconviene amargamente y hasta le azota por querer abandonar al lobo la grey de JESUCRISTO.

Lorenzo se siente ya con la fuerza del mártir. Se encamina á encontrar á Eadbald, le enseña sus espaldas ensangrentadas, y el Rey le pregunta:

—¿Quién se ha atrevido á maltratarte?

—Es por vuestra salvación, responde el Obispo; san Pedro me ha puesto como veís.

Eadbald se conmueve, renuncia á sus liviandades, abjura la idolatría y los obispos católicos recobran nuevamente la libertad para predicar el Evangelio.

Vamos á entrar en un nuevo período de nuestra historia. Los hechos que nos toca reseñar revestirán otro carácter.

Si los bárbaros no hubiesen hecho más que hacinar las ruinas de una civilización que se extinguía en la vergüenza y la deshonra, tras de aquellas luchas no habría resultado más que el caos. Pero habíase derramado una sangre generosa, una sangre vírgen, la de los ilustres perseguidos que son los héroes de nuestra historia; aquella sangre fué como un perfume que purificó la atmósfera y apareció una nueva civilización más libre, más brillante, que es la que viene alumbrando en las sociedades cristianas.

No es que la persecución del vicio y de la barbarie haya terminado ya; podemos decir que de ella no nos hallamos sino en el prólogo. Constituida en toda la extensión de su poder la Iglesia, establecido el reinado de JESUCRISTO en las sociedades y en las instituciones, no por esto deja de encontrarse en ella el elemento bárbaro y vicioso.

Este elemento existirá mientras exista el mundo y con él la lucha y la persecución presentando distintas fases según las circunstancias históricas.

EL MAHOMETISMO.

Los acontecimientos trascendentales en la historia llevan especialmente marcado el sello de la Providencia divina. Á todas luces la confeccion del islamismo es una de las fecundísimas revoluciones sucedidas en la miserable tierra que vino á desenvolver una serie de hechos calificables de expiaciones tremendas. Bajo cualquier aspecto que se considere el islamismo, no aportó ninguna ventaja al género humano; en orden á la fe, sirvió de valla á la propaganda del Evangelio en extensísimas regiones europeas y asiáticas; en orden á la civilizacion solidó durante muchos siglos el reinado y el acrecentamiento de la barbarie en Oriente; en orden á la moral, fué la sancion de principios y de costumbres reprobados á la vez por la naturaleza y por la revelacion. Humanamente hablando, parece antilógica la aparicion de una secta y de una política de la índole del islamismo, despues que el mundo hubo conocido la excelencia y la pureza de la religion de JESUCRISTO. Y aumenta el asombro producido por este hecho antilógico la consideracion de que la cuna del islamismo, negacion de las virtudes fundamentales del Cristianismo, estuviese sentada en los mismos lugares, en la tierra misma donde se meció la del judaismo, y donde JESUCRISTO quiso nacer, para que desde ella orientara sobre el universo el sol de la perfecta moral y de la incólume justicia.



EL ARZOBISPO DE AUCH Y LOS CONDES DE BRETAÑA SUPLICANDO Á LUIS VIII EL PERDON DE LOS PRISIONEROS.

La Arabia, teatro de los grandes acontecimientos que en su faz religiosa vamos á describir, extendía sus límites movedizos hasta el Egipto, el desierto de Pharan, las soledades de Mesopotamia y Damasco, Palmira y Baalbeck. Los habitantes de aquella region inaccesible á las antiguas civilizaciones descendían de Ismael, á cuyo patriarca consagraban las galas de su ardiente poesía. Fogosas tradiciones rodean la memoria del hombre en quien reconocen el manantial de la vida arábica, siendo preciso convenir en que, despues de la celestial inspiracion bíblica, el genio arábigo ocupa el lugar preeminente en el arte de la apoteosis.

Los árabes resistieron á toda constitucion firme. Ligeros como el suelo que pisaban, deslizábanse rápidos como el agua de sus fuentes, no ofreciendo ningun punto de apoyo á ninguna legislacion estable. Tribus independientes unas de otras, ora aliadas entre sí, ora mutuamente adversarias, rechazaban unánimes toda imposicion autoritaria. Resignábanse á sufrir el dominio de una fuerza pasajera; pero jamas á someterse al derecho de una autoridad. No había sobre ellos código, ni cetro, ni vara. Los jefes de las tribus eran considerados como á tales, no porque gozaran de una autoridad especial, sino con respecto al génesis de la familia. El nombre de su primer antepasado distinguía á la tribu.

Resultado de esta independencia ilimitada era la absoluta libertad religiosa. Los árabes lo

adoraban todo. El culto de aquella bárbara idolatría era tosco y primitivo. Al morir el árabe, sus parientes estacaban junto á su tumba á la más hermosa camella que poseyera el difunto, y la dejaban morir allí sobre el cuerpo de su dueño, para que éste encontrara su cabalgadura usual en el otro mundo á que le acababa de transportar la muerte. Consideraban que la alondra del desierto, que revolotea sobre los sepulcros, era el alma de los difuntos que, con sus plañideros gritos, suplicaba bebida á los mortales. Cuanto llegaban á oír ó ver, que hería su rica y feraz imaginacion, revestíanlo de formas celestiales y misteriosas, y pasaba á ser para ellos tema de nuevas creencias. Nada más informe, nada más abigarrado puede concebirse que la teogonía de aquellas materializadas muchedumbres.

La guerra era su estado normal; pero el objetivo de la guerra era estéril, como todos los movimientos de aquella aglomeracion informe y confusa de familias. Adoptaban por único principio inconcuso é indiscutible, que *la sangre se lava con sangre*. La consecuencia inmediata de este axioma, para ellos incontrovertido, era la venganza sangrienta. Sus guerras no tendían á la conquista, sino á la expiacion.

Materializados á lo sumo se hallaban los árabes en desventajosa situacion para comprender las sublimidades espirituales del Evangelio. Eran hombres verdaderamente nacidos de «la carne y de la sangre,» y el impulso de ambas les habían arrojado tan léjos del espíritu de Dios, que necesitábanse extraordinarios prodigios para hacerles apreciar el valor de una doctrina que les exigía el sacrificio de todas sus tradicionales aspiraciones, en cambio del derecho de llamarse y de ser coherederos de la gloria.

El carácter de aquellas tribus explica la esterilidad de los esfuerzos de la apostólica predicacion.

No es que olvidaran los Apóstoles el llamar á los habitantes de aquellas regiones al seno de la verdad. Bartolomé y Panteno echaron las semillas del Evangelio, no sin frutos de esperanza, entre los árabes. En el siglo IV fundáronse las iglesias de Zhafar y de Aden, sobre el golfo pérsico. Y la cristiandad de Nadjran fué bastante rica para dar á la Iglesia veinte mil mártires sacrificados por el despotismo de Hu-Noyas. Pero hasta aquellas cristiandades, que permanecían como aisladas, como oasis en medio de aquel desierto, seducidas por el nestorianismo y el jacobismo, presentaban el aspecto de un informe monton de ruinas.

Desdeñoso para la verdad, el árabe, el beduíno sobre todo, desdeñaba desde la altura de su orgullo al género humano entero, «levantaba la mano contra todos,» y se pavoneaba soberbio á pesar de su miseria, publicando que Dios le había distinguido con cuatro atributos especiales: «Dándole turbantes por diademas, tiendas por palacios, espadas por fortalezas y poemas por leyes (1).»

Sin embargo, rodeada la Arabia de pueblos bañados en la luz del Evangelio, recibía sucesivamente algunos de sus destellos que pronto desnaturalizaba y oscurecía, asimilándoles á sus embrutecidas prácticas y extravagantes creencias. Una preocupacion alcanzó luégo universal asentimiento, y fué el presentimiento de la venida de un Mesías que transformaría la Arabia. El Cristianismo había difundido en los árabes la conciencia de la necesidad de una transformacion. Ventaja, progreso indudable que en todo otro pueblo ménos material y sangriento fuera semilla de más ó ménos próxima regeneracion. Pero todo había de ser estéril para el bien en aquellos campos tocados por una especial maldicion divina. Los árabes, en vez de volver hacia el Evangelio sus miradas, dirigieronlas á la tribu de los coraitas, y buscaron en la Meca, santuario donde hervía el gérmen de sus antiguas preocupaciones, la luz y la vida que el universo civilizado había recibido ya de la vecina Judea.

Cinco siglos y medio habían transcurrido desde el llamamiento de todas las naciones al seno de la verdad, y los árabes se hallaban sumergidos en el abismo de la ignorancia religiosa. La idolatría acababa de desaparecer de la tierra, y no concebía aún la Arabia la idea de la unidad de Dios, base de la robusta y fecunda civilizacion evangélica ya dominante.

(1) *Specimen Historiæ Arabum*.

En vez de aparecer en el firmamento de aquella region siniestra un ángel que recordara á sus embrutecidos habitantes la *buena nueva* de la redencion, nació el genio del sensualismo y de la guerra con el funesto destino de agigantar los elementos anárquicos y destructores de aquellas indómitas tribus, y de expansionar como los vapores de un mar inmenso el caudal de sus charcosas aguas, para desplomarlas como un diluvio de sangre y lodo sobre pueblos civilizados.

Mahoma fué el crudo azote de los pueblos cristianos. La biografía de aquel gran perseguidor de la causa cristiana exige capítulo aparte.

XX.

Mahoma.—Su alcurnia.—Escenas de su infancia.—Tendencias religiosas de sus contemporáneos.

El año 500 de la era cristiana, Abdelmotaleb, abuelo de Mahoma, ejercía en la Meca una especie de pontificado material, consistente en cuidar del orden y del aposentamiento de los peregrinos que visitaban aquel lugar, objetivo de la veneracion de las tribus.

Era para los árabes la Meca un lugar sagrado, á causa de los hechos que la tradicion oriental suponía acontecidos allí en los tiempos patriarcales.

Hé ahí la poetizada narracion de los árabes: Agar y su hijo Ismael, despedidos por Abraham, vagaban por los secos valles y barrancos de Safa en busca de algunas gotas de agua para refrigerar su ardiente sed. Ismael impaciente hirió con su talon la ardorosa arena y brotó una fuente de fresca y pura agua, dando origen al famoso pozo Zemzem. Los pastores que guardaban en la vecindad sus rebaños, observaron que algunas águilas descendían al lugar del prodigio, y sospechando la existencia de algun improvisado charco, dirigiéronse allá. Los pastores encontraron á la madre, al hijo y al manantial. «¿Quiénes soís vosotros, les preguntaron, y de dónde viene esta agua? Muchos años hace que recorremos este país y nunca la habíamos visto.» Agar les contó su desolacion, sus apuros y el providencial auxilio recibido. Propalada la noticia de aquel raro acontecimiento, la tribu de aquellos pastores fué á establecerse junto á aquella agua, y Agar é Ismael permanecieron entre aquellos árabes. Ismael se casó despues con Amara, hija de aquella tribu.

Abraham visitó dos veces á Agar con permiso de Sara, quien no obstante le impuso por condicion que no se apeara de su caballo en la tienda de aquélla.

La vez primera que Abraham visitó la Meca, se paró en la puerta de Ismael y le llamó por su nombre. Amara salió á la puerta: «¿Dónde está Ismael?» le dijo. «Cazando,» respondió Amara. «¿Tienes algo para comer que darme?» «Nada, contestó Amara, este país es un desierto.» «Bien, replicó Abraham, dí á tu marido que has visto á un extranjero, descríbele mi figura, y añádele que le recomiendo que cambie el umbral de su puerta.»

Amara cumplió el encargo del extranjero; é Ismael, indignado de que Amara hubiese negado la hospitalidad á su padre, la repudió, casándose con Sayda.

Poco tiempo despues reapareció Abraham á la puerta de la tienda. Sayda salió á su umbral. «¿Tienes algun sustento que darme?» le preguntó el viajero. «Sí,» contestó la bella y jóven mujer. Y pronto le ofreció venado cocido, leche y dátiles. Abraham probó las tres cosas y dijo: «Que Dios multiplique en esta comarca estas tres clases de alimentos... Cuando vuelva tu marido dile de mi parte que el umbral de su puerta es sólido y brillante, que se guarde bien de cambiarlo.» Sayda cumplió el encargo: despues de oír Ismael la narracion de labios de su esposa: «El que has visto, le dijo, es mi padre, y él me manda con estas palabras que te guarde siempre.»

En la tercera visita que Abraham hizo á su hijo, construyó con él en la Meca un templo

ó casa de Dios llamada la Kaaba. Aquel templo era pequeño é informe; sin ventana, sin sólido techo, construído con enormes peñascos. En uno de los lienzos de aquellas murallas incrustaron la famosa *pedra negra*, que se suponía traída por un ángel para adornar el santuario. De aquella fecha datan las peregrinaciones, ritos, ceremonias y procesiones alrededor de aquel monumento.

Así los árabes engrandecieron ante su vivísima imaginacion el origen de la Kaaba, enlazándolo con la memoria del gran patriarca de la fe. Por una inconsecuencia lamentable, la Kaaba, que, como obra atribuída á Abraham, debía llevar el sello de la creencia en la unidad de Dios, fué pronto teatro de las ridículas adoraciones idolátricas, y como el receptáculo de las inmundas manifestaciones de los ignorantes y apasionados hijos de aquellos desiertos.

Allí ejercía una especie de administracion sagrada Abdelmotaleb, en la época á que nos referimos. Noble, guerrero y rico, nada le faltaba sino hijos; y necesitaba diez hijos varones para sostener su dignidad y sus derechos tradicionales á los pozos sagrados de la Meca. Para obtenerlos rogó al cielo, é hizo voto de sacrificar por su propia mano á uno de ellos sobre el ara del mayor de los ídolos.

Doce hijos y seis hijas obtuvo despues de esta determinacion. Resuelto á ser fiel á su palabra, reunió sus diez hijos mayores, les manifestó el juramento y su resolucion de elegir por medio del oráculo de las flechas el que había de ser ofrecido como á víctima.

La suerte fatal recayó sobre Abdallah, el predilecto de su padre.

Los coraitas se resistieron al holocausto, porque Abdallah les era simpático, y previa una consulta á la sibila, Abdelmotaleb pudo rescatar la sangre de su hijo mediante el degüello de cien camellos.

Grande fué el regocijo de los coraitas á causa de la salvacion de Abdallah, en quien creyeron ver ya un designio favorable á su raza. De éste saldrá, decían, nuestro reformador. Cuando Abdallah fué presentado por Abdelmotaleb á su tribu, una jóven rica y hermosa, sintiéndose herida por el resplandor que irradiaba la frente del árabe, acercósele, é inclinándose al oído, le dijo: «Yo te daré tantos camellos como se han inmolado por tí si consientes en elegirme esta noche por esposa.» Abdallah le contestó: «En este momento debo seguir á mi padre.»

Abdelmotaleb llegó á casa de Wahb, otro de los jefes superiores de la Meca, al cual pidió la mano de Amina para su hijo. La union se efectuó en aquella misma noche. Á la mañana siguiente Abdallah encontró en la plaza del templo á la jóven que le había pedido por esposo; acercósele Abdallah y le dijo: «¿Pretendes hoy lo mismo que ayer?» «No, contestó la coraita, la luz que ayer brillaba en tu frente ha desaparecido.»

Abdallah murió poco tiempo despues. Amina, su viuda, no había dado todavía á luz el niño de los grandes destinos. Quinientos setenta años despues de JESUCRISTO, el 1.º de setiembre, nació el hijo que era ya esperado en su tribu. Abdelmotaleb ofreció á sus amigos un espléndido banquete. «¿Cuál será el nombre del niño cuyo nacimiento celebramos?» preguntaron los árabes. «Mahoma,» contestó el abuelo. Este nombre sorprendió á los concurrentes. Mahoma significa glorificado.

Cuantas circunstancias contribuyen á la exaltacion de un hijo en medio de turbas frenéticas se atribuían á Mahoma por los familiares de su casa. El día de su nacimiento había aparecido, decíase, una luz brillante sobre su tribu; el palacio de Khosron fué agitado por un violento terremoto; el fuego sagrado de los persas, encendido durante mil años, se apagó; secóse repentinamente el lago Sawa.

Refieren las crónicas árabes escenas extraordinarias acontecidas en la infancia de Mahoma. Dos ángeles le quitaron el corazon, lavaron sus manchas y se lo devolvieron. Muerto su abuelo, el huérfano quedó bajo la proteccion de su tío Abutaleb. En una de las expediciones de éste á la Mesopotamia, la caravana acampó á la sombra de un monasterio cristiano, cuyo abad, llamado Jorge Bahira, era un árabe convertido á la fe. «La Siria, dice Lamartine, es-

taba en aquel tiempo poblada de esos monasterios, especie de *oasis*, en medio de la idolatría, y de *ciudadelas* en medio de los bárbaros.»

Y puesto que hemos citado á Lamartine, copiaremos aquí la página en que el poeta historiador de la Turquía reseña la entrevista del abad con Mahoma: «El monje Djerdjis, dice, contemplando desde los miradores de su monasterio el campamento de la caravana en el valle, observó la belleza de un muchacho sentado en el suelo, á quien parecía que defendían de los ardientes rayos del sol ligeras nubes flotantes, como si fueran parasoles en un cielo de fuego. Ora impulsado por el atractivo de la infantil belleza, ora por el deseo de conversar con algunos compatriotas suyos, el monje mandó ofrecer en su nombre la hospitalidad á los jefes de la caravana. Aceptáronla éstos, bien que no se atrevieron á llevar consigo á Mahoma á causa de su edad; Djerdjis notó la ausencia del niño y mandó que subiera. Abutaleb alegaba su juventud, mas uno de los jefes, levantándose para ir en busca del apetecido infante: «Sí, sí, «exclamó, el nieto de Abdelmotaleb es digno, cualquiera que sea su edad, de participar de «la honra que se nos dispensa.»

«El monje le acogió con afabilidad: Su fe cristiana no había borrado enteramente en él la credulidad de su raza. Vió un *signo* debajo del cuello, entre los hombros de Mahoma, signo que los árabes consideran como presagio de grandes destinos. Dirigió varias preguntas al muchacho, cuyas respuestas le sorprendieron, tan viriles y exactas eran. La caravana se paró mucho tiempo bajo los muros del hospitalario convento. El monje se aprovechó sin duda de sus largas conversaciones con el hijo de una estirpe ilustre para sembrar en su tierna y fértil inteligencia los gérmenes de una fe espiritual más pura que las groseras supersticiones de la Meca. Para madurarlos confió en el tiempo y en la inteligencia precoz del niño. Cuando Abutaleb se decidió á continuar el viaje, Djerdjis le dijo con un tono á la vez profético y paternal: «Vé, restituye, al concluir tu expedición, á ese jóven á su patria; vela con solicitud por él, «y sobre todo presévalo de los judíos, que si llegaran éstos á descubrir en él ciertos indicios «que yo he descubierto, sin duda conspirarían contra su vida; queda en la seguridad de que «el porvenir reserva grandes cosas al hijo de tu hermano.»

Abutaleb consideró desde aquel momento la importancia del niño colocado bajo su tutela; no apartó ya los ojos de su tesoro precioso. Mahoma no parecía un infante. Familiarizábase con los sabios y con los ancianos, en cuyas reuniones platicaba como un filósofo sobre las necesidades morales que urgía atender en sus compatriotas. La idolatría estaba desprestigiada hasta en aquellos aislados desiertos. El calor del Cristianismo llegaba á penetrar, sin que los árabes lo advirtieran, en la atmósfera que respiraban las tribus.

Los sabios que rodeaban á Mahoma no creían ya en los ídolos: Waraca, Othman, Obaydallah y Zaid, cuatro lumbreras coraitas, se distinguían por las expresiones de menosprecio hacia las estúpidas creencias de sus compatriotas. «Todo esto es mentira, decían al presenciar las ceremonias estúpidas de su pueblo, busquemos la pura religion de Abrahan, nuestro padre.»

Aquellos cuatro sabios, impacientes por encontrar el secreto de la regeneración de su pueblo, se dedicaron asiduamente á serias investigaciones filosóficas y religiosas. Waraca, el oráculo de los coraitas, había encontrado en la Biblia de los judíos la idea del Mesías; leyó el Evangelio y reconoció en JESUCRISTO al esperado. Othman fué á instruirse en Bizancio, recibiendo allí el Bautismo. Obaydallah, despues de sucesivas vacilaciones religiosas, abrazó el Cristianismo. Zaid, más atormentado que sus compañeros por la sed de la verdad, sufrió las burlas y hasta la persecución de sus parientes. Apoyada la frente en el muro del templo, oíasele exclamar: «Señor, si supiera de que modo os place ser servido y adorado obedecería vuestra voluntad; pero lo ignoro.» Abandonó la Meca, se fué al Tigris y á la Siria, y catequizado por el monje que anunció el Evangelio á Mahoma, abrazó la religion cristiana.

Estos cuatro ejemplares demuestran que la Arabia estaba á las puertas de la verdadera Iglesia; que iba á entrar á ella, que hubiera sin duda entrado á no haber suscitado el espíritu maligno el genio de Mahoma. Su plan de gigantescas reformas atrajo la atención de las mu-

chedumbres. El nieto de Abdelmotaled usurpó el lugar que iba á ocupar á la cabeza de aquellos pueblos el Mesías verdadero.

XXI.

Educacion de Mahoma.

Mahoma se dedicó al estudio de la Religion, aprendiendo en los autores más autorizados, con quienes le era dado relacionarse. Los elevados dogmas del Cristianismo cautivaban su espíritu. Probablemente, sin la altivez de raza y el prurito de nacionalidad, en él hereditarios, Mahoma se hubiera contentado con ejercer en medio de su pueblo el apostolado de la evangelizacion. El título de apóstol de los coraitas hubiera satisfecho las aspiraciones del que, atizado por una ambicion más humana, quiso conquistar el de Profeta de Dios. Mahoma dirigió todos los desvelos de su juventud y las excelentes cualidades de su alma á constituirse en tipo perfecto de las pasiones y tendencias de su pueblo; en verbo nacional, espejo de todas las grandezas pasadas de su raza. Favorecía sus trascendentales planes la riquísima imaginacion de que estaba dotado; cualidad indispensable para obtener el predominio en los pueblos orientales. Su matrimonio con la rica Kadidje le facilitó los medios de explayar su espíritu, y de enriquecerse con conocimientos obtenidos en largos viajes. Damasco, Alepo, Antioquía, Jerusalem, Berito, Palmira, Baalbeck y las principales ciudades de la Siria árabe y romana fueron visitadas por el futuro profeta, quien se manifestaba en todas partes más ganoso de atesorar ideas y observaciones filosóficas y religiosas que de explotar el negocio de su predilecta mujer. Kadidje se desposó con Mahoma embelesada ante la santidad y el espiritualismo de su elegido. Con sus íntimas conversaciones, Kadidje alentaba la imaginacion de su esposo, fomentando en él la persuasion de obtener un gran destino sobre su pueblo.

Mahoma se halló pronto poseído de una especie de delirio religioso. Representábasele oír celestiales voces que le saludaban diciéndole: «Salud, enviado de Dios.» Un día las apariciones fueron más explícitas: «Dormía profundamente, contó él mismo á su esposa, cuando un ángel me ha aparecido en sueños, trayendo una ancha banda de tela llena de caracteres de escritura: «*Lee,*» me dijo. «¡Qué he de leer!» le respondí. El ángel indignado me envolvió con aquella tela escrita, y tan estrechamente me apretaba que hacía difícil mi respiracion y «*Lee,*» repitió. «¡Qué he de leer!» contesté otra vez. «Lee en nombre de Dios, prosiguió el ángel, él «ha revelado á los hombres la escritura y enseña á los ignorantes lo que no saben.» Yo repetí estas palabras del ángel, quien desapareció. Salí, anduve largo rato por la montaña para calmar la agitacion de mi espíritu. Allí oí sobre mi cabeza una voz que me dijo: «Oh Mahoma, «tú eres el enviado de Dios y yo soy su ángel Namus (Gabriel) mensajero de Dios.» Levanté los ojos, vi al ángel y permanecí mucho tiempo desvanecido en aquel sitio.»

Desde aquel día Mahoma sufrió continuos vértigos, durante los que decía confabular con el ángel Gabriel. La idea de su mision sobrenatural le absorbía absolutamente. Todo lo terreno se desvanecía á su vista, sólo lo celestial le embargaba. Entónces empezó á enseñar la unidad de Dios, la necesidad de someterse el hombre á la voluntad divina, el deber de orar cinco veces al día, las abluciones cotidianas y la fe en su profética mision. Por de pronto transformó su casa en un cenáculo del nuevo culto. Sus familiares fueron sus primeros creyentes.

A pesar de la oposicion natural de las muchedumbres á la reforma religiosa iniciada, Mahoma consiguió apoderarse de hombres de prestigio, como, por ejemplo, Abubekre, Othman, Abderraman, Abu-Wacas y Zobeir. La escuela del *inspirado* tuvo pronto su símbolo difuso. La unidad de Dios, la libertad del hombre en sus acciones, el castigo de los vicios, el deber de la conformidad á las disposiciones de la providencia, la inmortalidad de las al-

mas, la recompensa de la virtud despues de la muerte, la eficacia de la oracion, el mérito de la limosna y la divinidad de la mision del profeta, fueron principios claramente establecidos y defendidos por los adictos á la causa mahometana.

Durante tres años Mahoma limitó su accion á fortificar la pequeña sociedad que frecuentaba su casa. Antes de declarar guerra abierta á la idolatría y de asestar sus tiros formidables contra la Kaaba, baluarte de las tradiciones supersticiosas de los coraitas, juzgó prudente fortificar las bases de una lucha que podía ser empeñada. Pasado aquel periodo creyó llegada la hora de la pública manifestacion de sus planes. En un banquete en que reunió cuarenta amigos, segun era costumbre entre los árabes de celebrarlo ántes de tomar una grave resolucion, Mahoma habló á los convidados de la mision de que se creía investido. Su acento de perfecta conviccion, la elevacion de sus conceptos, el tinte de misticismo puro que animaba su lenguaje cautivaron de tal manera á los invitados, que éstos, temerosos de caer en la tentacion de odiar á los ídolos que hasta entónces habían amado, levantáronse con ímpetu y se fueron resueltos á no acudir de nuevo á las peligrosas invitaciones de su compatriocio. Sin embargo, el reformador les invitó á los pocos días, aún en mayor número. Nadie faltó á la cita. Tan fuerte era el embeleso que había causado en ellos la magia de su palabra seductora.

«¿Qué teméis? les dijo, ¿ha ofrecido jamas algun árabe á su nacion ventajas comparables á las que yo os ofrezco? Yo os ofrezco la felicidad en esta breve vida y la eterna en la futura. Dios me ordena que llame los hombres á él. Veamos, ¿quién de vosotros quiere secundarme en esta obra? ¿quién de vosotros quiere ser mi hermano, el que ha de reemplazarme en la tierra?»

Ninguno contestó. Sólo Alí, casi niño, se levantó enternecido, exclamando: «¡Yo, profeta de Dios, yo, si otros no te siguen!» Este arranque alborozó á Mahoma, que tomando en sus brazos al adolescente, dijo: «Éste es mi hijo, obedecedle.»

Aquella escena produjo hilaridad en los concurrentes. Creyeron ver en el alborozo del aspirante á profeta un indicio de locura. Pero el pueblo adherido aún á las divinidades de la Kaaba fué ménos indulgente con él que los amigos, y le señaló como á enemigo perverso de la religion tradicional.

Sonó la hora de la oposicion. A no estar el reformador protegido por la poderosa casa de Abutaleb, ántes conquistara Mahoma el martirio que los honores de la profecía. Los magnates dirigieron sus esfuerzos á enemistar á Abutaleb con el adversario de la Meca. Sus esfuerzos se estrellaron contra la fidelidad del tío. Sus amenazas llegaron al grado que revelan estas palabras: «Nosotros respetamos tu edad, Abutaleb, dijeron, tu nobleza, tu rango; pero este respeto tiene limites. Te hemos rogado que cerraras la boca al hijo de tu hermano y no lo has hecho; ya no podemos continuar sufriendo las blasfemias que profiere en público contra nuestros dioses; obligale, pues, á callar ó alzaremos la mano contra él y contra tí, que le proteges; estamos resueltos á pelear hasta que sucumba uno de los dos partidos.»

Abutaleb, amedrantado por tales amenazas, rogó á Mahoma desistiese de su empresa. «Evita, le dijo, atraer los males que se anuncian contra tí y contra los tuyos.»

«Tío mío, respondió Mahoma, quisiera poder obedecerte; pero aunque se hicieran bajar el sol á mi derecha y la luna á mi izquierda para imponerme silencio, y aún cuando me amenazaran con la muerte, no renunciaría la obra que me está ordenado emprender.»

Esta decision fortaleció el ánimo de Abutaleb. «Profetiza cuanto quieres, le dijo, nunca, lo juro, nunca te entregaré á tus enemigos.»

Pronto la Arabia entera conoció el nombre y los proyectos de Mahoma, por cuanto la agitacion de los fanáticos partidarios de la idolatría tradicional excitó el interes de la universal muchedumbre en enterarse de las nuevas doctrinas. Los tumultos coraitas se sucedían sin interrupcion contra el gran perturbador, cuya persona se vió en terribles y mortales riesgos; su constancia, comparable á la roca donde se estrellan las espumosas olas del mar embravecido, acabó por atraer la admiracion de muchos; por otra parte, el delirio religioso forjaba en el alma de Mahoma visiones alentadoras de su obra.

Seducidos los árabes por tan desconocida fortaleza, trataron de entablar negociaciones con el invencible innovador. Ofrecieronle inmensa fortuna, ilimitada autoridad, sumision y respeto personal, á condicion de dejar incólumes sus principios religiosos. Al jefe de los negociantes contestó Mahoma: «Yo no soy lo que os imagináis; no codicio bienes terrenales, no estoy sediento de poder, ni un enfermo poseído de un espíritu convulsivo; no soy más que un instrumento de Dios, *Alah*, que me ha inspirado un *Coran*, una escritura, un libro, y que me manda enseñaros las recompensas ó penas que recaen sobre los actos buenos ó malos de los hombres. Yo os transmito las palabras que Dios me ha hecho oír; yo os advierto y os prevengo; si recibís lo que os anuncio seréis felices en esta y en la otra vida; si lo rechazáis esperaré que Dios sentencie entre vosotros y yo.»

Pidiéronle pruebas fehacientes de su mision extraordinaria; «que el hijo de Kilab, se levante del sepulcro; que un río inunde las secas llanuras de la Meca; que aparezca alguno de los ángeles que á él le hablaban, ó que Dios desplome sobre los incrédulos el firmamento.» A todo contestó Mahoma:

«Guárdeme Dios de pedirle semejantes privilegios; me ha encargado os anuncie la salud; lo he cumplido; esto me basta.»

El fervor de su piedad iba atrayendo uno tras otro creyentes á su símbolo. Cautivó á Othman, que era á la vez uno de los más influyentes personajes de la Arabia y de los más vehementes adversarios de Mahoma. Cada conquista aumentaba la irritacion de los coraitas, quienes trataron de hacer el vacío alrededor de su persona. Las palabras de Mahoma se perdían en aquel vacío desesperante. La masa de sus prosélitos se vió obligada á retirarse á una especie de desierto.

Existía en la Arabia una ciudad rival de la Meca. Yathreb contaba dentro de su recinto judíos, griegos y otros extranjeros que debilitaban con el contacto de la variedad de doctrinas la intolerancia de los árabes. Doce ancianos de aquella ciudad fueron á la Meca á conferenciar con el Profeta, pidiéronle representantes de su doctrina, que la enseñaran á sus conciudadanos. Mahoma les envió á su discípulo Mosad. Las predicaciones de éste atrajeron numerosos adictos. Sabedor el primer jefe de la ciudad del proselitismo del extranjero, acudió, armado con su lanza, al lugar donde los oradores platicaban. Mosad le rogó oyera un momento su doctrina. Sad, que así se llamaba el jefe ó *Cadi*, consintió en ello; la elocuencia de Mosad le cautivó. Levantóse, congregó á los ciudadanos y les dijo: «¿Qué soy yo para vosotros?»—«Tú eres nuestro Cadi, contestaron, el jefe de nuestros consejos, lo que tú nos dices lo ejecutamos.»—«Pues bien, prosiguió Sad, juro que no he de dirigir mi palabra á nadie de vosotros que no abraze la sublime religion de Mahoma y que no profese con él la doctrina del Dios único.»

La mitad de los habitantes de Yathreb escuchó la predicacion de Mosad, quien poco tiempo despues presentó á Mahoma á setenta y cinco neófitos representantes elegidos de entre el pueblo, con la mision de celebrar con el Profeta un pacto de alianza ofensiva y defensiva. Mahoma, desesperanzado de hacer de su patria el centro de la propaganda religiosa, prometió á los enviados de Yathreb elegir aquella ciudad como á silla de su mision y no abandonarla en el día de la victoria. Reservóse, no obstante, elegir el día de su traslado, ó mejor, esperar la órden del cielo para efectuarlo.

No tardaron sus enemigos en ofrecerle ocasion de cumplir su promesa. Una vasta conjuracion de los coraitas se trabó con el fin de asesinarle. Entónces creyó Mahoma llegada la hora, y burlando los planes de sus enemigos, huyó hacia Yathreb. Despues de encontrados incidentes, Mahoma y sus adictos hicieron su entrada en su nueva patria adoptiva. Los ciudadanos de Yathreb, le recibieron como al verdadero enviado de Dios, y pudo Mahoma desplegar sobre ellos el genio organizador de que estaba dotado; allí planteó una especie de código de policia y justicia que revelaba un verdadero progreso en la ciencia del gobierno. Yathreb se llamó desde aquel día *Medina el Nabi*, ciudad del inspirado; y fué tambien aquel

HISTORIA DE ESPAÑA, QUINTA PARTE.

En esta parte se trata de la historia de España desde el reinado de Felipe IV hasta el de Carlos V.

El autor de esta obra es el Sr. Don Juan de Mariana, que escribió esta historia en el año de 1601.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

Esta historia general de Francia se escribió en el año de 1752 por el Sr. Don Juan de Mariana.

LA VIDA DE ESPAÑA

Esta obra trata de la vida de España desde su origen hasta el presente.

El autor de esta obra es el Sr. Don Juan de Mariana.

EL REFORMAMIENTO

O LA BUENA DE LA CONCIENCIA

Esta obra trata de la reforma de la conciencia y de la buena de la conciencia.

INSTRUCION RELIGIOSA - LAS MISIONES CATOLICAS

Esta obra trata de la instrucción religiosa y de las misiones católicas.

ARMONIAS ENTRE GONOS Y PERRANES

O ENCONTROS DE LA VIDA DE SAN JOSE

POR D. JOSE PALLÉS

Esta obra trata de las armonías entre gonos y perranes.

LA PASION DEL REDEMPTOR

Esta obra trata de la pasión del redemptor.

AÑO DE MARIA

Esta obra trata del año de María.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *más de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más.—Van publicadas 102 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con más de 1000 bellisimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

ARMONIAS ENTRE GOZOS Y PESARES,

Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSÉ,

POR D. JOSÉ PALLÉS.

Dos abultados tomos en 4.º, á 57 rs. en pasta; ó 186 entregas á cuartillo de real cada una, dejando á la voluntad del suscriptor el tomar semanalmente las que guste.

LA PASION DEL REDENTOR.

Por José Pallés. Obra dedicada al Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Valencia.

Consta de dos tomos en 4.º, con 24 preciosas láminas y una *Vista de Jerusalem*, á 72 rs. en pasta; ó 242 entregas de 8 páginas, á cuartillo de real la entrega.

AÑO DE MARIA,

ó coleccion de noticias históricas, leyendas, ejemplos, meditaciones, exhortaciones y oraciones para honrar á la Virgen santísima en todos los dias del año. Por José Pallés.—Obra dedicada á la cristiandad entera.

Constará de seis tomos en 4.º ilustrados cuando ménos con 60 láminas.—Cada tomo comprende dos meses.